

Los primeros cien días

WALTER LAQUEUR*

LA VANGUARDIA, 30.10.08

Antaño el presidente estadounidense era elegido a principios de noviembre pero no entraba en la Casa Blanca hasta el 15 de abril, cuando el presidente saliente pasaba a ser una figura sin autoridad. Todo ello poseía, si se quiere, su propia lógica, pues tenía lugar en la época anterior al ferrocarril, cuando los congresistas habían de recorrer grandes distancias para instalarse en la capital. En la actualidad, el nuevo presidente jura su cargo el 20 de enero, pero muchos juzgan que una demora de más de setenta días entre las elecciones y la toma de posesión sigue siendo demasiado, sobre todo en un momento de crisis.

De no mediar un milagro, el nuevo presidente será Barack Obama; hasta finales de septiembre la carrera fue muy reñida, pero la crisis financiera de Wall Street resultó determinante: se responsabilizó al partido en el poder, a los republicanos, del desastre. Además existen numerosas razones para creer que se producirá una mayoría demócrata abrumadora, una considerable victoria demócrata. Parece que senadores y congresistas proporcionarán a Barack Obama una sólida base política.

Sin embargo, la suerte de Obama no es envidiable, porque ha hecho muchas promesas que no puede cumplir en estos momentos. En Estados Unidos se suele no atacar la figura o ejecutoria del presidente durante los tres primeros meses de su mandato, durante la llamada "época de veda", salvo en el caso de nombramientos polémicos. Y durante un año podrá argumentar que su predecesor le ha dejado una herencia tan horrorosa

que seguramente no podrá hacer progresos en las políticas a las que se refirió en su día.

No obstante, si al cabo de un año no asoman, al menos, algunos indicios de que se halla en marcha un "cambio" (palabra mágica durante la campaña), la reacción en contra puede ser realmente considerable. Se dirá que el presidente debía de saber, antes de las elecciones, pero no lo dijo, que a la vista de la crisis financiera no podía llevarse a efecto buena parte de lo que era, de hecho, deseable. Es muy posible que Obama quisiera personalmente manifestarlo pero sus asesores le dijeran que no resultaba sensato mostrar tal pesimismo antes de las elecciones. Obama prometió un sistema de salud mucho más amplio (más servicios, a más ciudadanos), pero ¿cómo alcanzar tal objetivo si no hay presupuesto? Estados Unidos sigue gastando alrededor del doble en salud (el 16% de su PNB) que la mayoría de los países europeos y será menester recortar este gasto para prevenir la bancarrota. Barack Obama prometió muchas veces que no habrá subidas fiscales en el caso de las familias con ingresos inferiores a 250.000 dólares. Pero, atendiendo a la necesidad del rescate financiero de tantos bancos crediticios e instituciones similares, ¿cómo podrá mantenerse esta promesa? También se hicieron promesas sobre la educación y la infraestructura de la economía estadounidense. Obama es un excelente comunicador y, como Roosevelt, intentará restablecer la confianza tras acceder al cargo. En su primer discurso inaugural, Roosevelt dijo a los estadounidenses que no debían temer a nada salvo al propio miedo.

Esto último es en parte correcto; el miedo, en esta última ocasión, como en el periodo 1929-1933, ha provocado pánico, y el pánico ha agravado notablemente una mala situación. Pero no es sólo el miedo lo que

amenaza el mundo. Se han cometido graves errores y hay que cambiar todo el sistema. Obama ha sobresalido convenciendo a estudiantes universitarios, pero ¿tendrá tanto éxito con banqueros y empresarios? Es posible que ni siquiera le apoye la totalidad de su partido. Los demócratas (como los republicanos) son coaliciones de diversos grupos con diversos intereses y pronto aflorarán conflictos entre ellos.

Obama prometió unir al país, pero tal cosa también será difícil, porque existen verdaderas y auténticas diferencias de opinión sobre casi todo.

En el ámbito de política exterior, Obama prometió solucionar los conflictos internacionales a través de reuniones con otros dirigentes mundiales sin condiciones previas. Sin embargo, ¿qué significa esto en el caso de Irán? Además, si no se registran progresos en el capítulo iraní, acecha el peligro de una guerra en Oriente Medio y una nueva crisis mundial. Pero desafortunadamente las Naciones Unidas no constituyen, en su fisonomía y condición actual, un elemento importante en el concierto internacional y, en cuanto a las relaciones de Estados Unidos con sus aliados europeos (OTAN), cabe vislumbrarse una crisis de alguna forma "preprogramada" con antelación. Los dirigentes de los países de la OTAN se reunirán el próximo mes de abril y Obama los tratará, indudablemente, con mucha mayor cortesía que Bush: les consultará, etcétera. Pero, al fin, les pedirá una aportación militar y financiera que no obtendrá.

Obama considera que Afganistán es el frente principal contra el terrorismo (cuestión no indiscutible) y quiere gastar en las fuerzas armadas estadounidenses más dinero que antes. Pero, por razones presupuestarias, tal propósito puede topar con dificultades. En estas

condiciones, a la vista de contingentes insuficientes y de insuficiente ayuda aliada, ¿no sería más juicioso retirarse de Afganistán?

Muchos consideran que el mero hecho de que un estadounidense negro sea presidente del país ejercerá un tremendo efecto en la opinión pública mundial. Bien, tal vez en lugares tales como Indonesia, donde creció, pero que se sepa ni chinos ni rusos (ni siquiera los indios) prefieren estadounidenses negros a estadounidenses blancos: sus intereses fundamentales son sus intereses nacionales.

Buena parte de los asesores de Obama en materia de política exterior quieren poner el acento en la cuestión de los derechos humanos - algo digno de elogio-, pero lo último que chinos y rusos y los demás quieren oír son prédicas sobre los derechos humanos.

En resumen, adondequiera que dirige uno la mirada, asoman graves e importantes problemas, más importantes que los que ningún otro presidente ha afrontado en mucho tiempo. El nuevo presidente no alcanzará sus objetivos a menos que sea muy afortunado. Cuando Napoleón elegía a un general, no preguntaba si era inteligente o valiente, sino si le sonreían el destino y la fortuna. Pues lo propio cabe aplicar al próximo presidente estadounidense. Precisaré grandes dosis de fortuna.

*W. LAQUEUR, director del Instituto de Estudios Estratégicos de Washington

Traducción: José María Puig de la Bellacasa